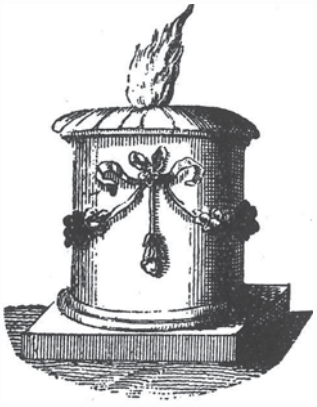
HABITANTES

AH, si el hombre pudiera como quiere
vivir sin despertarse, estar sumido
en la trepidación indiferente
de sus ciudades llenas de reflejos
en las que no se sabe si el que compra,
el que sube, el que baja, el que se muere,
es uno o no, o el otro, o el de enfrente,
o aquella miserable criatura
que pedía limosna en los portales
de la universidad, tal es el caos
de nuestras emociones superpuestas
que no nos dejan ya tomar contacto
con lo diferencial, con lo absoluto
de cada cosa. Puede que en el fondo
será mejor así, porque el que luce
su *chevrolet,* el mismo que nos abre
la portezuela, aquel que está desnudo,
el cargado de oro, el maestresala,
el que tomó en un *cocktail* nuestro nombre
como uno más que olvida y nos convoca
como fantasmas, todos repitiendo
el mismo *film,* las mismas posiciones
de caderas, de pies, de estrepitosas
noticias de periódico o quién sabe
qué vaciedad dorada que se extingue
como el rumor del mar... Serían cosas
más graves que posibles, sangrarían
sólo con que supieran que ser hombre
es estar separado permanente
de todo lo que es, de este bullicio

concupiscente y vano en el que todos,
confundidos en brazos del engaño
liberador, morimos sin sentido,
sin saber lo que es la misma muerte,
sin saber lo que fué la misma vida,
un número cual otro y como tantos
sumidos en la atroz incoherencia
de este balance inmenso.



JUAN GIL-ALBERT